

Señores: al terminar, permitidme repetir que todo cuanto he creído en la presente memoria digno de ser recomendado, no constituye á mi entender, ni mucho menos, la meta ó aspiración definitiva de la clínica en lo tocante al tratamiento curativo de la tuberculosis pulmonar, pero sí que, por los excelentes resultados prácticos que otorga, representa, hoy por hoy, la terapéutica preferible á todas las demás, en tanto esperamos la hora ansiada en que pueda oponerse á dicha enfermedad un remedio específico eficaz, cuya conquista ha de ser uno de sus más preciados timbres de gloria para la ciencia médica.

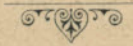
HE DICHO.

CONTESTACIÓN

DEL

Dr. D. Barlolomé Robert y Garzábal

ACADÉMICO NUMERARIO



Ilre. Sr.:

SEÑORES ACADÉMICOS:



o sin justo motivo nuestra Real Academia abre hoy gozosa sus brazos á un nuevo miembro. Al quedar vacío uno de estos sillones, por prematura muerte del insigne Jaime Pí, fué presentado candidato á la vacante el distinguido Profesor clínico de nuestra Facultad, Dr. D. Manuel Ribas y Perdigó; y como si su solo nombre se impusiera, haciéndose indiscutible, nadie más se avino á disputarle el puesto, y le aceptamos todos á coro y con unanimidad compacta. Vino y venció, sin lucha; aquí, precisamente, donde para vencer se ha de luchar. ¡Feliz él! que, armado de todas armas y á la simple muestra de su escudo, impúsose y se le abrieron estas puertas. Pero la Academia, al recibirle en su seno ¿ha sido por ventura, víctima de una obsesión cariñosa? Ah, no: sabía ya que aquel arbolillo que en la tierra escolar había echado profundas raíces, en fuerza de ir chupando después abundante savia, habíase convertido en árbol frondoso, y gustó de traerle aquí para disfrutar de su sombra. Acabais de oírle; y sin disputa que habréis aquilatado todo el valor del refuerzo con que desde esta noche contamos.

Si el electo, á fuerza de constante estudio, no se hubiese ya conquistado un nombre entre la distinguida clase médica de nuestro país, bastara este su discurso de recepción para adquirirlo. Campea en él, como en la serie de escritos que han brotado de su pluma, una erudición copiosa que solo la alcanza quien tiene al dedillo el actual movimiento bibliográfico—que no es corto—; destácase en sendas páginas una clara y metódica exposición de hechos y conceptos, que es la primera de las condiciones externas que ha de relucir todo trabajo científico, si el autor quiere identificarse con el oyente, como el molde se adapta á la cera; hace gala, al propio tiempo, de un estilo fácil, que acredita serle familiar el habla castellana; y demuestra que el discursante, á pesar de que felizmente aún no peina canas, una práctica dilatada le ha permitido recoger ya, en más de un caso, el fruto amargo de los desengaños, bien que, dotado de espíritu fuerte, lejos de sentirse invadir por el helado escepticismo, siente todavía en pró de determinados recursos terapéuticos, unos briós, unos entusiasmos y hasta unos optimismos que, á lo menos á mí, me dan envidia. Quien ha hecho todo esto luce una distinción personal, que es al fin lo que ha de apetecerse en todo trabajo humano. Ignoro lo que á vosotros os ocurre—aunque os considero de mi parte—, pero cuando he de hacer la crítica de un trabajo científico, y que por tal no ha de salvarle el relieve de su forma puramente externa, si tras un abundante zurcido de compilaciones, citas y retazos queda allá como en último término obscurecida la personalidad del que lo ha escrito, dígame: pués para eso me bastan mis libros. Toda obra humana debe tener algo de arte, y quien dice arte, dice persona que lo maneje. No podría sin apasionamiento considerarse al Dr. Ribas incurso en tal pecado; y cuenta que al elegir por tema de su disertación el *Tratamiento curativo de la tuberculosis pulmonar*, corría el

peligro de hacerlo adocenado, si se circunscribía á la repetición escueta de lo que tenemos todos por muy sabido. Pero él, impuesto de su propio valer y en posesión de la trascendencia de este acto académico, no podía limitarse á una como simple copia notarial de hechos, sino que ha elevado la cuestión á otras alturas, para disecar uno por uno todos los términos de un vasto cuestionario, para hacer su crítica, para entrar en el terreno de las selecciones, para echar por el suelo una serie de remedios que él estima hojarasca pura y para unirse en definitiva con los que entienden que el reposo corporal, la supra-alimentación y la respiración de una atmósfera sana constituyen, hoy por hoy, la única y soberana terapéutica de los tuberculosos. Todo esto, sentido con fe y expresado con vigor, demuestra bien á las claras que el Dr. Ribas es un hombre convencido, que tiene iniciativas y que se mueve por propio impulso.

Honrado yo por todo extremo con el encargo de contestarle en esta sesión solemne, no abrigo el propósito de seguir, paso á paso, al nuevo académico por el camino que con tanta firmeza y convicción ha ido recorriendo; de hacerlo así habría de contraerme á jugar la paráfrasis. Tampoco entiendo que en actos científicos de esta clase, sea obligatoria una mancomunidad de opiniones entre ambos actuantes; antes al contrario, como si se tratase de un torneo, aunque incruento, bien puede cada uno levantar su pendón ó divisa en defensa de su dama, que ni ha de llegar la sangre al río, ni se ha de descalabrar ninguno de los combatientes. ¡Fenómeno psicológico curioso! Ved aquí á un joven, al que podría vivir todavía en el mundo de las ilusiones, pregonando una suerte de nihilismo farmacológico y fiándolo casi todo á los beneficios de Higea; y ved al maduro—por desgracia mía—que á pesar de innumerables desengaños, penetrado de los maléficos bríos del gran monstruo, y ese gran monstruo no es más que un bacilo de Koch, considera que todas las ar-

mas que se pueden esgrimir son pocas para reducir á la nada la virulencia de aquél microbio.

Si yo gustase de floreos retóricos y de trasnochadas filigranas, si no estuviese convencido de que la seriedad de los problemas científicos no permite las vestiduras de un lenguaje ampuloso, holgárame de entonar un himno diti-rámico en honor y gloria de esas resistencias con que nuestro organismo responde á la acción letal del mundo microbiano; pero no puedo menos de repetiros, en romance llano, que las verdaderas potencias microbicidas las llevamos como depósito salvador y sagrado en nosotros mismos, que el metabolismo celular constituye nuestras más preciadas defensas y que todo lo que directa ó indirectamente conspira para acrecer esas energías de nuestras células, de nuestros humores y de nuestros tejidos es en definitiva el mejor procedimiento para la curación de los males. En su virtud, la pavorosa escena patológica determinada en las finísimas bronquiolas y en el delicado parénquima pulmonar por los bacilos tuberculosos y por ciertos *aspergillus*, en frecuente contubernio con las bacterias de la supuración, sólo puede extinguirse y anonadarse á favor de una enérgica protesta por parte de nuestros elementos anatómicos, ora haciéndose imposible la siembra, ora siendo digeridos los gérmenes por acción fagocitósica, ora quedando envuelta y encarcelada la colonia microbiana en una atmósfera, de muerte para ella y de vida para el enfermo, esclerógena ó de calcificación, ó ya también neutralizándose sus secreciones tóxicas por las sustancias anti-tóxicas elaboradas por los tejidos. Aunque el bacilo descubierto por el inmortal bacteriólogo de Berlín—lejos de reunir las condiciones biológicas de un saprofito vulgar con actividades patógenas simplemente accidentales, ya que su ubicuidad las permite desarrollarse de la misma manera en el seno de nuestros tejidos que fuera de ellos, en el *circunfusa*—fuese un parásito obligado, cosa todavía dis-

cutible, siempre la fórmula curativa vendría representada por una reacción del organismo, contra la acción morbosa realizada por aquella causa viva. De donde, que toda terapéutica de la tuberculosis enderezada á prestar materiales de defensa orgánica, sea acumulando energías positivas, sea disminuyendo el gasto ó la usura natural de los tejidos, cumplirá la primera y la más fundamental de las indicaciones. A este tenor, nada más firme y estable, nada más racional, nada más ajustado á las sólidas bases de una sana medicación que volver por los fueros de la naturaleza, ya que en síntesis es esta la que cura, ya que en último término la inmunidad natural ó adquirida es función de nuestras células. Por tanto, el Dr. Ribas, al hacerse campeón valiente de los prestigios de la higiene y al buscar en los recursos naturales el mejor apoyo con que puede ampararse el organismo para salir vencedor en su lucha contra el tubérculo, ha demostrado conocer los verdaderos términos en que ha de quedar planteada una ecuación que viene desde largos años preocupando á los terapeutas.

Aunque todo esto no fuese de buen sentido y no descansara en las nociones de biología normal y patológica más elementales, pondríalo á cubierto de toda impugnación la experiencia de los años. No llevan inscrita en la frente los tuberculosos aquella terrible frase dantesca, sabida de todos, antes al contrario, padecen una enfermedad que no trae fatalmente aparejado el símbolo de la incurabilidad. Siempre se ha juzgado la tuberculosis dolencia curable, con los antiguos y modernos métodos, y siempre lo ha sido porque la sabia *Fisis* se ha encargado, en este caso como en muchos otros, de suplir nuestras deficiencias é ignorancias y hasta de oponer un dique á nuestros errores. No seré yo, sin embargo, quien suscriba á la atrevida afirmación de un distinguido profesor de París de que la tuberculosis es la más curable de todas las enfermedades crónicas. ¡Ojalá fue-

se verdad tanta belleza! Grancher habría dado la nota justa declarando, sí, que la tuberculosis es en principio una enfermedad curable, pero la menos curable de todas. A tanto no llegan los optimismos de nuestro novel académico, más para estar dentro de la realidad todavía acaricia demasiadas esperanzas, sobre todo por lo que toca á las formas agudas y hasta á las de evolución más lenta, si piréticas. Cierto que todos hemos visto curarse enfermos que si los hubiese tratado Landouzy nos habría dicho que padecían una infección tuberculosa, pero sin tubérculos, y que solo estaban influidos por las toxinas bacilares; y que hemos observado otros, igualmente curados, á pesar de las lesiones pleuro-peritoníticas atribuidas también por Fernet á una infección tuberculosa; pero dejando aparte que semejantes procesos son de una naturaleza muy discutible, el caso es que cuando se produce la verdadera tisis galopante con esa espantosa profusión de tubérculos jóvenes que acribillan el pulmón del ápice ó la base, los enfermos, con una constancia desesperante, mueren todos. Hacen lo propio los aquejados de una tuberculosis ulcerativa aguda, con sus taquicardias é hipertermias invencibles. En cambio son los tuberculosos de marcha lenta, apiréticos, refractarios á las hemorragias, y sobre todo si mantienen vivas las energías del aparato digestivo, los que hacen el milagro, prestándose mejor á las evoluciones histológicas salvadoras de la pneumofimia. No negaré ciertamente que algunos tuberculosos, tras una fase pirética amenazadora, véanse al fin limpios de su calentura y se repongan, nutran y engorden, y que hasta sus lesiones queden adormecidas y aún muertas; pero apelo á la experiencia de cuantos me honran escuchándome, para que me digan si tan afortunadas modalidades clínicas constituyen la regla ó la rara excepción. Mientras el tuberculoso se muestre febril, desengañémonos, se desliza por la pendiente que tarde ó temprano ha de llevarle al sepulcro; sólo el pa-

sivo, el tórpido, con pulso tranquilo y termalidad normal, puede acariciar una esperanza, aunque esté ya atravesando el periodo de fusión de las masas tuberculizadas. Con desgaste pulmonar y todo, hay tuberculosos nutridos, frescos de piel y sin los sudores del sueño: algunos no alcanzan la cura definitiva, ya lo sé, pero no dudeis que así viven largos años, desafiándolo todo y hasta podrán morir un día por virtud de una afección accidental extraña de todo punto á las evoluciones del proceso bacilar.

Por desgracia nos perdemos en un mar de conjeturas, cuando queremos descubrir el secreto por el cual, ante una misma semilla patógena y ante una igual agrupación de foliculos tuberculosos, con su triple asociación celular, el organismo, sin embargo, responde por maneras tan distintas, viendo unos tuberculosos que hetican con rapidez y se funden deprisa como la cera de una velilla invertida, al paso que otros guardan sus lesiones acantonadas en el parénquima de sus pulmones, sin auto-infecciones, sin fiebre y con todos los rasgos de una asombrosa tolerancia. ¿Porqué en estos se promueve una actividad celular esclerógena que resuelve el problema á favor del lesionado ó, aunque se produzca y se consuma la caseificación de la célula gigante y de las dos coronas de células epitelioides y embrionarias, sin embargo, ni las toxinas bacilares intoxican, ni se establecen asociaciones con los microbios de la supuración? Y aún en el supuesto de que la verdadera causa de la muerte, conforme opina en sus últimas experimentaciones el doctor Ferrán, no dependa de las secreciones venenosas del bacilo tuberculoso, sino de los productos derivados de la necrosis de los leucocitos ¿por qué esta muerte celular no ocurre en todas las formas clínicas de la pneumofimia? Todavía lo ignoramos. Y ya comprenderéis la importancia de que tal desconocimiento no existiera, porque un juicio exacto de todos estos hechos biológicos conduciría tal vez

al descubrimiento de una terapéutica verdaderamente defensiva.

Si es la fiebre el hecho de más significación de cuantos pueden surgir en el terrible drama tuberculoso; si, en en suma, la curación del mal puede alcanzarse con los recursos propios del organismo, se comprende la necesidad de arbitrar recursos para levantar las energías celulares y para impedir las auto-infecciones que se producen. De ahí que la mayor parte de los fisiólogos, y entre ellos nuestro ilustrado profesor, concedan un valor tan decidido á la alimentación supra intensiva y á la quietud corporal; por un lado, para acumular energías y, por otro, para disminuir el coeficiente de los desgastes.

Nada tan lógico á los ojos de la fisiología patológica más elemental y de la clínica más somera. Si el tuberculoso va quemándose á sí mismo, si se coloca en la vía de una verdadera autofagia, si sus células se marchitan, si la piroxia, el sudor, la diarrea y la supuración le quebrantan ¿qué recurso le queda—en esa especie de balanza mercantil de la asimilación y desasimilación—que equilibrar los gastos con una buena fuente de ingresos? Y sin embargo, esa fórmula tan simple, con cuántas dificultades se lleva á cumplimiento en más de un caso, á despecho de la decisión del pobre enfermo y de nuestros consejos ó de nuestros mandatos, si se quiere, aún contando con el auxilio de los medios mecánicos empleados para conducir directamente al estómago el alimento salvador. Si para comer no hiciera falta el apetito, que es la mejor de las salsas; si bastase comer para digerir; si una invencible anorexia no malograra los mejores afanes; si los accesos de tos no produjesen el vómito de los materiales ingeridos; si la dispepsia gastro-entérica ó si, cien veces peor, la entero-colitis tuberculosa no hiciera ilusoria la digestión intestinal y no cerrase al propio tiempo las puertas de la absorción, cuán fácil sería sostener el ne-

cesario vigor del mísero paciente, haciéndole comer de grado ó por fuerza. Pero ¡cuántas veces la concepción teórica se hace impracticable, por más que nunca en el sentido filosófico la práctica y la teoría están divorciadas!

Si la quiebra se le viene encima al tuberculoso, por reducción de los ingresos, al menos en buen regimen económico disminuycamos los dispendios; y ya que todo trabajo mecánico supone un consumo de energía y si nuestras energías emanan de las combustiones orgánicas y de las reacciones que tienen lugar en el seno de los tejidos, impónese la necesidad del reposo físico é intelectual, porque todo movimiento mecánico presupone gastos, como los presuponen también los actos psíquicos. Por otra parte, si el enfermo está febril es todavía más imperioso el quietismo, porque las contracciones de los músculos son fuente viva de calor. La misma aceleración del ritmo respiratorio y del cardíaco—ya os lo ha dicho el Dr. Ribas con pleno dominio del asunto—fomentaría el proceso de vascularización pulmonar y agobiaría una viscera que tan necesitada está de descanso. Pero, ¿es cierto que el reposo físico y el intelectual—y no digo el moral porque ¡quién pone puertas al campo! ¡quién, como no sea per mandato sugestivo, enfrena y detiene los estallidos de un espíritu atribulado!—es cierto, me pregunto, que constituyen un recurso tan poderoso en la curación de la tuberculosis? Si en vez de curación se digera tratamiento—dos términos que no son sinónimos—no titubearia en afirmarlo. Será una casualidad, será, si quereis, para mí una gran desgracia, pero las historias clínicas bien comprobadas que podría traer yo aquí para someterlas á vuestra consideración, sino temiera fatigarla, no demuestran á la verdad muy brillantes éxitos. Enfermos piréticos que he condenado al reposo absoluto por espacio de dos y tres meses, tiempo sobrado para una prueba clínica, no han alcanzado ninguna remisión febril de valor apreciable, pues poco sig-

nifica la rebaja durante algunas horas de 2 ó 3 décimas, tratándose de temperaturas máximas de 40°, y mis tuberculosos, hasta amparados, á mayor abundamiento, con la acción de toda suerte de fármacos antipiréticos, han seguido marchando impertérritos por el camino de la hectiquez. Que alguno, *rara avis in terra*, después de un lapso febril haya recobrado la normalidad, lejos de negarlo, en estas mismas páginas lo he declarado; soy el primero en recomendar el reposo á los enfermos de pecho estenuados, á los febricitantes y á los hemoptoicos en sus períodos hemorrágicos, pero de esto á erigir el reposo como una de las más firmes bases del tratamiento fundamental de todas las tuberculosis pulmonares, media gran trecho. Se me figura que en esta cuestión concreta, como en muchas otras, el clínico no puede dispensarse de ajustar su conducta á la índole especial de cada caso; y así no podrá menos de reconocer que el remedio útil en unas circunstancias es desventajoso en otras. Precisamente, sea cual fuere la interpretación que quiera darse á la patogénia de ese proceso bacilar, no es raro descubrir en el fondo orgánico de los tuberculosos cierta miseria fisiológica, de donde las escasas energías que despliega en la defensa; si es así, dado que el movimiento muscular, en prudentes límites, es fuente de vida; que la mayor amplitud de las escursiones respiratorias, lograda á favor de la deambulacion, facilita la ventilación pulmonar, sobre todo en esas zonas altas infraclaviculares y escapulares, donde la expansibilidad normal de los alveolos es de suyo deficiente, lo cual es una de las causas de que allí, mejor que en los lóbulos centrales del pulmón y en sus bases, se haga la siembra de la semilla patógena; si el ejercicio al aire libre es un medio poderoso de oxigenación y de equilibrio de la circulación capilar de todos los órganos, y en buena fisiología, quien dice buena circulación capilar, dice viveza nutritiva de todos los territorios regados; si, además, pone en actividad el funcionalismo

de la piel, envoltorio de eliminación de productos tóxicos, y si abre el apetito y dispierta vigores digestivos..... dígame si no ha de ser más altamente provechoso el movimiento que la quietud. La prudencia serena del médico ha de consistir en saber apreciar el *quantum* de esta mecánica, dada la fuerza de que el enfermo dispone y dada su capacidad respiratoria; no se olvide que el salvamento del enfermo es al fin función celular, que es el organismo quien ha de entrar en briosa lucha contra los agentes microbianos y que si la alimentación es fuente inagotable de energías, no lo es menos el ejercicio discreto. El reposo prolongado lo que hace es proporcionar un beneficio, á menudo engañoso, tal es determinar un aumento de peso en esos enfermos sedentarios, gracias al almacenamiento de grasa que resulta de la disminución de las oxidaciones de las sustancias hidro-carbonadas. En este concepto parece que los tuberculosos salen gananciosos; pero he podido comprobar en más de un caso, y especialmente en enfermos procedentes de sanatorios, en donde se han seguido con todo rigor las prácticas del quietismo, que las lesiones no se han modificado, á pesar de que pudieron tocar los beneficios de la respiración del aire puro de las altitudes, medio higiénico en mi sentir cien veces superior al del quietismo.

Para mí, señores, el tratamiento de la tuberculosis pulmonar ha de ser oportunista, criterio que obliga á atemperarse á las condiciones particulares que concurren en cada caso; y á este respecto se verá que tal enfermo está muy necesitado de una quietud corporal, al paso que tal otro podrá tocar las ventajas de la marcha, del paseo al aire libre, de la progresión por planos de ondulación suave y hasta de la equitación poniendo la cabalgadura al paso, ó de la misma gimnasia respiratoria; será necesario que un enfermo quede temporalmente adietado, mientras que á otro habremos de someterle á una supra-alimentación; y lo que digo de

estos medios dietéticos podría aplicarlo á todos los demás, y aún á los recursos farmacológicos; porque en la clínica, siempre la oportunidad en el obrar, siempre la variedad de los indicados según sean las modalidades que marcan la indicación.

¡Ah! señores, cuán trabajosa es la vía que aún habremos de recorrer para llegar á la ansiada meta! ¡Qué distanciados todavía de aquel momento que se habrá de esculpir con letras de oro en los mármoles de la Historia! Concediendo, como es justo que concedamos, que la Higiene, con sus medidas profilácticas urbanas é individuales, ha de ser nuestra salvaguardia en lo que á tuberculosis pulmonar se refiere; así y todo, en el orden preventivo, el problema está erizado de inmensas dificultades. Si la fórmula profiláctica fuese tan simple que únicamente consistiera en impedir la entrada de los agentes patógenos en nuestras vías naturales; si todo se redujese á esterilizar esputos ó depositar en ingeniosas escupideras los productos de la expectoración; á no comer carnes infeccionadas, ni beber leches ú otros líquidos que son ó pueden ser abundoso vehículo del terrible microbio; si bastase, como se hacía en otros tiempos, quemar las ropas y todo el ajuar de los tuberculosos y sanear sus viviendas, la labor del higienista resultaría trillada y bastara inculcar á todo el mundo el culto á los principios que la ciencia encarece. Algunos con haber propuesto esto, creen haberlo dicho todo; pero al ojo menos perspicaz no se le oculta que el proceso patogenético de la tuberculosis tiene más ancha base y que no descansa en el solo hecho de introducción de un microbio por las membranas mucosas y hasta al través de la piel erosionada, sino que la causa viva de la tuberculosis, como la de la pulmonía, no debe ser virulenta en todos los instantes de su evolución, ya que impunemente podemos llevarla en las antecámaras del aparato respiratorio ó, aunque no suceda así, son indispensables

modificaciones previas de los epitelios, para que ejerciten su acción morbosa y soliciten á su alrededor actos de histogénesis. Y corregir las predisposiciones individuales y evitar que un territorio celular sea fértil para la siembra bacteriana—lo cual constituirá la más poderosa profilaxis—bien se echa de ver que no es tarea muy hacedera. Pero aunque esto no fuese verdad, que lo es y notoria, y que el higienista sólo hubiera de preocuparse de hacer imposible la materialidad del contagio, ¡cuántas dificultades de orden social y de todos órdenes para lograr los aislamientos de personas, para impedir todo comercio entre sanos y enfermos, para oponerse á la realización de matrimonios que son un peligro para la prole y un riesgo para los mismos cónyuges, para hacer salubres ciertas industrias que son y continuarán siendo por largo tiempo un semillero de afecciones tuberculosas! Si en vez de ser idealistas ó casi utópicos, en fuerza de puritanismo, por el contrario, queremos descender á la realidad práctica, nos convenceremos de que en el mundo hay muchos ensueños irrealizables.

Quedamos, pues, en que la Higiene casi lucha con lo imposible para poner la humanidad á cubierto seguro del terrible azote; se esfuerza, aconseja, lucha, propone con un celo nunca bastante alabado, pero siempre las dificultades que hay que vencer sobrepujan á sus generosos esfuerzos. De consiguiente, si sólo podemos echar mano de una profilaxis á todas luces incompleta, claro es que al fin la batalla habrá de librarse cuando el enemigo ha entrado ya en nuestra casa. Pero, ¡qué cúmulo de obstáculos no se han de vencer, así que la terapéutica quiera organizar la defensa, para reducir á la nada el enjambre de gérmenes que artatamente se han introducido en los más recónditos lugares de nuestro aparato respiratorio!

A la crítica ligera le parecerán sin duda por demás simples los términos en que descansa la terapéutica funda-

mental de la tuberculosis de pecho, pues entenderá que todo se reduce al cumplimiento de una sola indicación: aniquilar ó esterilizar el microbio patógeno, verdadero *Deus ex machina* del terrible proceso y que procurará cumplir, ó por arteificio, buscando agentes de todo orden que ejerzan una acción microbicida, ó poniendo á contribución los grandes resortes con que cuenta nuestro organismo en sus luchas con el mundo parasitario. Pero la fórmula resulta mucho más compleja para el que estudia las evoluciones fímicas en toda su positiva amplitud. Por un lado hemos de empezar por admitir lesiones *in situ*, preexistentes, sin las cuales, dadas las ideas anteriormente expuestas, no se produciría la siembra bacilar; por otro, si no se cumple sin tardanza una acción fagocitósica, cuya mira terminal sea una suerte de digestión de los fito-parásitos realizada por los leucocitos, se da lugar á esa irritación celular formativa que viene representada por el folículo tuberculoso. Entonces, si me permitís la vulgaridad de la frase, *el mal ya está hecho*, porque es de tal índole la organización del tubérculo, que sus evoluciones histológicas marchan adelante, sin detenerse, aún en el caso de morir el bacilo, como aprisionado en la célula gigante, ó de ser eliminado y arrastrado con los mismos productos de la expectoración; y las agrupaciones de folículos tuberculosos, de cuya suma total resulta un tubérculo, van metamorfoseándose, y lo que era un cuerpecillo gris y semitransparente, se torna amarillo y opaco, se producen esas necrosis de coagulación ó degeneraciones vítreas que conocéis de sobras y que dan por resultado la disociación y reblandecimiento de los elementos celulares, infectados por el bacilo, y que son á la vez objeto de esas modificaciones químicas tan hermosamente estudiadas por Rindfleisch, si es que la marcha trófica no se opera en otro sentido, salvador para el enfermo, en el de la transformación fibrosa, á favor de un tejido de esclerosis de

todo punto inofensivo. Pero no es esto sólo: los tubérculos, aparte de sus modalidades de estructura intrínsecas, provocan también á su alrededor una serie de lesiones consecutivas de un relieve y de una resonancia tan grandes que en momentos clinicos determinados constituyen un nuevo factor, por demás peligroso. La aglutinación de células linfáticas, que en unión de la fibrina á veces rellenan los alveolos del pulmón, á semejanza de lo que ocurre en la pulmonía fibrinosa, los focos de pneumonia catarral consecutiva, las lesiones del tejido conjuntivo intra y peribronquiales, los procesos de supuración y desgaste pulmonar y los estados flogóticos de los capilares arteriales y venosos que á la postre producen actos obliterantes, todo contribuye á la vez á hacer más complejo el proceso anatómico de la tuberculosis; y aunque un microbiólogo puro quiera abroquelarse en la tesis de que todo deriva de la presencia misma del agente microbiano y de su especial biología, podemos afirmar que así y todo, gracias al automatismo trófico de nuestras células, las lesiones tienen también una existencia propia, así que han sido solicitadas y provocadas por aquella causa viva. Pudiérase decir lo propio de los trastornos viscerales que en el curso de la enfermedad se van desatando por todas partes, unos en virtud de reinfecciones y auto-infecciones consecutivas, otras sin necesidad de semejantes patogenias. Agréguese á todo esto el proceso químico desarrollado por las secreciones bacilares, verdaderas toxinas, y por las leucomainas que nuestros mismos tejidos fabrican; añádase, por último, el terrible factor representado por las bacterias de asociación, que en puridad de verdad puede decirse que nunca faltan, y dígase si puede darse nada más enmarañado y complejo que el planteamiento de una terapéutica que pueda hacer frente á tantas necesidades y que pueda corregir tantos trastornos. No admira que frente á frente de tantos objetivos como se encuentran á los ojos del

menos pesimista, se sienta uno invadido por natural desfallecimiento.

Preciso es que nos convenzamos del profundo abismo que separa un proceso agudo de un proceso crónico; esos procesos de evolución rápida, en los cuales los peligros á menudo vienen representados por los hechos generales de una infección que puede agotarse por la efimera existencia de las causas vivas y por la relativa facilidad con que las sustancias tóxicas son eliminadas por los emuntorios, de aquellos otros estados morbosos, cuya principal característica estriba en la enormidad del substratum material, en la exuberancia de las lesiones. De ahí que si la granulia tuberculosa agudísima no se acompaña de tan espantosa difusión fímica, que llega á hacerse sofocante, permitiría acariciar más las probabilidades de una curación, que esas otras tuberculosis ulcerativas, rápidas ó lentas, pero cuya area anatómica cada día va haciéndose más extensa. Por supuesto que lo que deploramos no es privativo de la pneumofimia, antes propio de la mayor parte de las grandes lesiones viscerales, y en este concepto para la terapéutica ordinaria tanto monta una endocarditis crónica, como una estenosis del piloro; en el mismo ó parecido nivel figuran las nefritis difusas, las cirrosis hepáticas, las mielopatias y tantas cuantas se desarrollan fuera del círculo de acción de la cirugía visceral.

Ya comprenderéis que con todas esas someras reflexiones que me van ocurriendo al mover la pluma, no abrigo otro propósito que justificar un concepto vertido en este pobre discurso de contestación. Contra el gran mónstruo, todo es poco: pero si nos vemos excesivamente pequeños para la lucha, si la creencia cierta de nuestra nulidad nos vuelve escépticos, precisa renunciar á todo y dejar que se cumpla el fatal destino del misero tuberculoso; más si, por el contrario, aún penetrados de nuestras menudas fuerzas ante la

magnitud de la empresa, lejos de declararnos vencidos é impotentes, nos revolvemos airados para apelar á la lucha, luchemos con todas las armas que puedan esgrimir nuestros débiles brazos. Tengamos fe, no queramos ser presa del desaliento: los fracasos de hoy podrán trocarse en un triunfo mañana. Lo que importa es tener seguridad del terreno que pisamos y el terreno que pisamos es el conocimiento del enfermo; lo que importa es la claridad de las indicaciones y la racionalidad de los recursos terapéuticos. Con perdón del P. Feijóo, hagamos nuestro en Medicina aquel criticado aforismo de la colección hipocrática: *Omnia secundum rationem facienti, si non succédant secundum rationem, non est transeundum ad aliud, manente e quod á principiis visum fuit*; cuando el tratamiento de una enfermedad está conforme á lo que indica la razón, no debe cambiarse en tanto que la misma indicación subsista, aunque no correspondan del todo sus efectos. Sin este firme criterio ¿cómo era posible, sin un tejer y destejer, que progresara la terapéutica clásica y sobre todo la terapéutica quirúrgica? El médico y el cirujano han de estar blindados para los desengaños; si no beben en las fuentes de un grosero empirismo y la razón es su guía, siempre á pié firme, que las estadísticas desgraciadas de hoy serán brillantes mañana. Ya sé que la terapéutica de la tuberculosis está adornada alguna vez de flores de un día, que se han marchitado tan pronto nacidas, pero se me figura que á veces incurrimos en el pecado de una muy pronta versatilidad, tal vez por achaque de una época que nos hace vivir muy de prisa. Con la misma injustificada premura con que nos enamoramus de un medio, que á un chusco se le haya antojado curativo, arrinconamos otros antes de que la experiencia haya patentizado su absoluta ineficacia, y de esta manera por culpa nuestra nos vamos desarmando. Así, por ejemplo, tan loca fué la precipitación con que el mundo médico aceptó

las supuestas virtudes curativas de la tuberculina, como injusto y desconsiderado el desvío con que se la ha mirado después; siendo así que, en mi pobre sentir, Koch, sin llegar de mucho á la meta, ha dado un paso de gigante por la vía que habrá de conducir á la cura de la tuberculosis pulmonar.

Por fortuna, en medio de todo, y en espera de tiempos mejores—¡feliz la humanidad que los vea!—la curación de la tuberculosis, por el pronto, más se debe á los actos defensivos del organismo, que á nuestros artificios. Nunca con más justicia que en el caso presente puede repetirse el *natura sanat, medicus curat morbus*. Si los tubérculos han de evolucionar en el sentido de la esclerosis, deberáse antes que todo al propio movimiento celular; nosotros no podemos hacer más que prestarle apoyo; pero eso, sí, apoyo decidido en todas las esferas de nuestra actividad, en todo el radio de nuestros recursos, poniéndolo todo á contribución, medios dietéticos y farmacológicos.

El aire puro es fuente de vida respiratoria en su más amplio sentido y manantial inagotable de las oxidaciones orgánicas. Respire, pues, el tuberculoso una atmósfera libre, que será tanto más sana, cuanto más alejada se encuentre de esas urbes saturadas de toda suerte de agentes mefíticos. No dejemos agostar al pobre enfermo, como pajarillo enjaulado, en cámaras infectas y sombrías. Hagamos que reciba directa ó indirectamente los rayos del sol, del primero, el más barato y el más potente de los tónicos. Restauremos sus abatidas fuerzas con una alimentación nutritiva, siempre en consonancia con sus vigores pépticos. Condenémosle al reposo del cuerpo si tiene necesidad del quietismo ó hagámosle mover con moderación si los actos mecánicos pueden servirle de amparo. Llevémosle á las montañas si la pasividad y torpidez de su proceso así lo demanda, ó dejémosle en un valle de poca altura ó en las mismas orillas del mar

si la excitabilidad de su circulación ó las embestidas térmicas reclaman un ambiente menos excitante que el de las altitudes. Alejémosle del taller, que le gasta y envenena. Pongámosle un freno á la mente, si la labor intelectual le aniquila; y si importa cerrar el templo de Minerva, digámosle también que declare la guerra á la Diosa del amor.

Pero no nos encerremos por esto en un muro estrecho, ni atemos nuestras manos relegando al olvido otros recursos de la terapéutica. Creo firmemente con mi ilustrado preopinante, que nada superior en el tratamiento de la tuberculosis pulmonar, á los beneficios abundosos de la dietética; lo entiendo así en este caso y hasta en la mayor parte de los procesos patológicos. Más diré: entre una proscripción absoluta y el derroche loco y atropellado que algunos polifármacos ponen en práctica, mil veces preferible es la expectación pura, fiándolo todo á un buen régimen higiénico, que el empeño en propinar drogas, que el menor daño que podrán hacer será desordenar las funciones digestivas, necesarias antes que todo y por encima de todo al desgraciado tísico. Pero la prudencia del médico, colocándose como es su deber en un medio justo, sabrá sortear todos los escollos y vencer todas las dificultades; cruzarse de brazos, en momentos dados, será muy meritorio; pero no lo será menos dar un golpe con una medicación atrevida. En mi humilde entender la tuberculosis no es, cual algunos piensan, un *noli me tangere* que no permita otras acciones terapéuticas que las derivadas de los medios higiénicos. El Dr. Ribas, aunque fie muy poco en la virtualidad de los fármacos antituberculosos—y yo no fio mucho más que él—tiene sobrado talento y sagacidad clínica bastante para no incurrir en tales exageraciones.

Pero, en definitiva ¿cuáles son los corolarios que se desprenden de todos los esfuerzos que ha hecho la ciencia an-

tigua y la de nuestros tiempos para la curación de los tuberculosos? ¿Ha llegado el momento de entonar vitores y de lisonjearnos de sus triunfos? Sin alardear de zahori ya estoy reconociendo vuestros desencantos. Muchos de los que me prestais atención venis curtidos en la práctica; lo habéis visto todo, lo habéis ensayado todo ó al menos tenéis noticias de todo, y se me figura que convendréis conmigo en que el específico de la tuberculosis aún se ha de descubrir y que en las páginas de la terapéutica hay todavía puntos negros. Mas, insuficiente como es la ciencia de las indicaciones, ha entrado hoy en una vía que, en el concepto sociológico, no deja de ofrecer serias y hasta graves dificultades. Hasta ahora, bien ó mal, con fruto ó sin él, el tratamiento de la tuberculosis era á todos asequible, hasta á los clientes de más modesta fortuna: los fosfatos, los arsenicales, los antisépticos, y así por este orden, se podían prescribir sin grandes dispendios; después con el descubrimiento de las tuberculinas y de los sueros el problema económico comenzó ya á agravarse; pero ahora, si hemos de poner en práctica con todo su rigorismo el régimen dietético, preciso es confesar que para esto es necesario ser rico, ya que no potentado. La terapéutica novísima no se ha hecho para los pobres, como no se quiera hacer una simple ficción ó una mistificación del tratamiento; y precisamente las capas más humildes de la sociedad son las que mayor contingente prestan al terrible morbo. No á todos su estado social les permite suspender en absoluto el trabajo por espacio de meses y quizás de años, así que se descubra el primer indicio pneumofímico; cambiar de vivienda, si la casa no reúne las necesarias condiciones de holgura y de orientación; tal vez salir de la urbe para respirar la atmósfera tranquila y pura de ciertas altitudes ó hasta, si se quiere echar el resto, constituirse durante una larga temporada pensionista en un sanatorio. Podrá suceder que con el

tiempo, si afortunadamente se van confirmando las curas que los propietarios de los diversos sanatorios instalados en Europa, por la cuenta que les tiene, pregonan con las trompetas de la Fama, se podrán construir instalaciones económicas al alcance de todas las fortunas ó sostenidas por el Estado, sin los riesgos de una mala hospitalización, pero ya comprenderéis que esto en muchos países, y especialmente en el nuestro, constituye por el pronto un bello ideal. Siempre habrá ricos y pobres; pero es un dolor que para la terapéutica no pueda abolirse la ley de castas y que el médico, cuya misión es la más democrática de todas y una de las más cristianas, se vea compelido mal de su grado y por la dura ley de la necesidad á instituir regímenes diversos de tratamiento según la categoría de sus clientes. Ya sé que nada de esto reza con los principios generales de ciencia y que los sabios y las Academias prescinden á menudo de las asperezas de la práctica, pero nosotros, dedicados al ejercicio de la Medicina y que hemos de ser humanos ante todo, sentimos pesadumbre al vernos cohibidos en la acción. Por manera que, si en realidad la terapéutica moderna de la tuberculosis pulmonar, diese los ópimos frutos que sus panegiristas ofrecen, sería aún más doloroso lo que voy diciendo.

Pero ya estaba olvidando, señores, que os molesto en demasía y que debo poner punto á mi grata tarea. El porvenir es nuestro; la ciencia marcha; nadie podrá detener el carro del progreso; y cuando yo veo que la falange médica de nuestro país cuenta con personas de tanta laboriosidad y de tan claro entendimiento como D. Manuel Ribas y Perdígó, uno de tantos entre este grupo de jóvenes entusiastas y estudiosos, que á modo de una cadena sin fin van saliendo todos los años de nuestra Escuela Barcelonesa, he de abrigar la fundada esperanza de que él y todos ellos, al unísono y en haz apretado, han de contribuir con sus luces, á que

un día, ojalá esté próximo, sea una verdad indiscutible la curación real y positiva de uno de los más grandes achaques de la humanidad en la época presente.

HE DICHO.



